

**“Doncellas curaban dél; / princesas del su rocino”:
Reinas, dueñas y doncellas en *El Quijote***

María José Rodilla León
(Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa)

*El caballero andante sin dama es como el árbol sin
hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo
(Quijote, II, XXXII)*

Además de invocada por don Quijote para que le cure y cate las “feridas”, como lo hacía Amadís, Urganda la Desconocida es la primera doncella que aparece en los preliminares de la obra como compositora de unos versos de cabo roto dedicados al libro para que se haga una buena lectura del mismo y se dice que al hidalgo manchego le trastornaron la cabeza: “damas, armas, caballe-”. A esas damas justamente, que sacó de sus ociosas lecturas caballerescas, vamos a dedicar estas páginas. Entre ellas, destacan, en primer lugar, por ser las más abundantes a lo largo de la obra, las relacionadas con las caballerías, como Oriana, quien también aparece en los preliminares enviándole un soneto carnavalesco a Dulcinea. Mientras lleva a cabo sus finezas de enamorado, Don Quijote recuerda a Oriana en tres ocasiones más: antes de decidirse a hacer su propia penitencia en Sierra Morena, por “no sé qué sinsabor que le hizo” (I, XV, 153) a Amadís; cuando hubo de retirarse a la Peña Pobre “desdeñado por la señora Oriana” (I, XXV, 258) y cuando le pidió que no “pareciese en su presencia hasta que fuese su voluntad” (I, XXVI, 273). Nuevamente sale a la luz la amada de Amadís en boca del duque cuando pone en duda el alto linaje de Dulcinea comparado con Oriana, Alastrajarea, la esposa de don Falanges de Astra y madre de Agesilao, del tercer libro de *Don Florisel de Niquea* y Madásima, que aparecen varias en el *Amadís*, pero ninguna es reina, de acuerdo con Martín de Riquer (I, XXV, 252, nota 8) y tampoco se amancebó con el maestro Elisabat, como afirma el colérico Cardenio, lo cual provoca la pelea entre ambos locos, pues Don Quijote no puede dejar pasar que se hable mal de una dama, tiene que ser mantenedor de la verdad y pretende defender “a pie o a caballo, armado o desarmado de noche o de día” (I, XXV, 252) a la que llama “reina”, “principal señora” y “alta princesa” Madásima, deformada por Sancho después en reina Magimasa.

Hay una alta frecuencia de damas caballerescas en el escrutinio de la biblioteca, como era de esperarse, donde el cura no se olvida de recordar, junto a los caballeros de Tirante, a las damas Placerdemivida y sus agudezas, a la Viuda Reposada y sus embustes y a la enamorada de Hipólito, la Emperatriz; damas a las que Cervantes libra de la hoguera; sin embargo, la Reina Pintiquiniestra y el pastor Darinel, del *Amadís de Grecia* de Feliciano de Silva, van a dar al patio de la quema inquisitorial condenadas por el cura, el barbero, la sobrina y el ama.

También en la librería quijotesca se encuentra Angélica la Bella, en las páginas de la obra *Las lágrimas de Angélica* de Luis Barahona de Soto, a quien Don Quijote ensalza, al comienzo de la segunda parte, en su discusión con el cura, como un famoso poeta andaluz que “cantó sus lágrimas” junto a otro poeta castellano, que cantó su hermosura: Lope de Vega, al igual que lo hiciera Ariosto alabando su belleza. Don Quijote recuerda además otro episodio del *Orlando innamorato* de Boiardo sobre su prisión en el castillo de Albraca, del que fue rescatada por miles de caballeros. Pero, aparte de estas alusiones eruditas, Angélica, en general, sale malparada en boca de Don Quijote: “Esa Angélica, señor cura,

fue una doncella distraída, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura; despreció mil señores, mil valientes y mil discretos y contentóse con un pajecillo barbilucio” (II, I, 589); Don Quijote la evoca en clave burlesca, por haber “dormido más de dos siestas con Medoro” (I, 26, 273), según le cuenta un pastor; en su penitencia, cuando vacila en imitar la “locura melancólica” de Amadís o la “furiosa” de Roldán (Pérez-Álvarez 2005: 306), se decide por el primero y determina además que su Dulcinea jamás ha conocido moro alguno; y recuerda de nuevo a Angélica por las señales que vio Roldán en la fuente de que ella “había cometido vileza con Medoro” (I, XXV, 258). Por último, se extraña de que no haya poetas que hayan “jabonado a la doncella” (II, II, 590), o sea, que la hayan denigrado o criticado.

Otro lugar de la obra cargado de doncellas caballerescas es la discusión de Don Quijote y el canónigo, en la que el primero insiste en que existieron las damas y sus respectivos amores: la Infanta Floripes y Guy de Borgoña, la reina Iseo y don Tristán, la reina Ginebra y Lanzarote, sin olvidarse de la celestina de sus amores, la dueña Quinaña, que aparece parodiada por ser “la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña” (I, XLIX, 534); Ginebra y la dueña Quinaña también son imaginadas como mediadoras por don Quijote la noche de la venta en la que se propone no cometer alevosía contra Dulcinea si acaso se presentara en su lecho la hija del señor del castillo y cuando le cuenta al primo que, en la cueva, Montesinos le dijo que por aquellos prados estaban encantadas la reina Ginebra y su dueña Quinaña, precisamente en el acto de escanciarle el vino a Lanzarote, cuyos amores con Ginebra también son explicados por Don Quijote a Vivaldo para instruirle en la caballería artúrica. Al contrario que el de Angélica la Bella, el adulterio de Ginebra no es mal visto por Don Quijote, ya que cuando oye hablar de las bondades de Basilio, dice que merecería “no solo casarse con la hermosa Quiteria sino con la misma reina Ginebra, si fuera hoy viva, a pesar de Lanzarote” (II, XIX, 719). Y es que, de acuerdo con Américo Castro, “el adulterio, en los casos que [Cervantes] lo presenta, es en sí un hecho natural y justificable. Nunca se da el caso de que una adúltera reciba penas y castigos por su deshonestidad.” (Castro 1972: 358).

Los últimos amores de la discusión con el canónigo son los de Magalona y Pierres, de quienes la dueña Dolorida le cuenta a Don Quijote que Pierres obtuvo de Merlín un caballo de madera con clavija donde llevó por los aires a Magalona.¹ Dicha cabalgadura, ahora en poder de Malambruno, será enviada a Don Quijote por ser el caballero que la libraré del encantamiento, acompañado de su escudero, que ocupará el sitio de Magalona o la señora Magallanes, como la llama Sancho, quien no siempre prevarica con los nombres de mujeres, porque dice bien el de la gigante Andandona, cuando la compara con su mujer, aunque confunde su función, ya que se trata de una desemejada gigante del *Amadís* y Sancho dice que fue “una mujer muy cabal y muy de pro” (II, XXV, 774). Destacan dos doncellas más, Daraida y Garaya, de otra obra caballerescas, *Don Rogel de Grecia*, tercera parte de *Don Florisel de Niquea*, de Feliciano de Silva, que Don Quijote le recomienda a Cardenio como lectura apropiada para Luscinda, devota de las caballerías. Ambas damas están disfrazadas de harpistas sármatas y, en realidad, Daraida es el príncipe Agesilao, hijo de Don Falanges y Alastrajarea y Garaya es Don Arlanges de España, príncipe de Grecia y

¹ Martín de Riquer aclara que esta aventura del caballo jamás aparece en el libro de la *Historia de la linda Magalona, hija del rey de Nápoles y Pierres, hijo del conde de Provenza* (II, XL, 879). Ciertamente, solo se habla de que ambos huirán en tres caballos ligeros, que Pierres habrá de herrar y aderezar por si acaso el rey Magalón los manda a perseguir.

primo de Agesilao. Los dos se enamoran de la princesa Diana y hacen diversas peripecias para conseguirla, como la Aventura de la Torre de Diana, que no logran por ser varones, la Aventura de la cajita de la guirnalda de Cinistides y, finalmente, el patriarca de Jerusalén casa a Arlanges con Cleofila de Lemos y Agesilao logra el amor de Diana. Harpistas, bailarinas, falsas doncellas guerreras de las que se enamoran varios caballeros, combaten con jayanes, deshacen encantamientos, sufren prisiones y protagonizan aventuras maravillosas que, sin duda, entretendrían a Luscinda.

No podemos dejar de nombrar a dos damas que, aunque provenientes del Romancero, no dejan de pertenecer al mundo caballeresco, la primera, encantada por Merlín en la Cueva, es Belerma, la sin ventura amada del caballero Durandarte, que recibirá de Montesinos el corazón amojamado de su amado y deambula ojerosa y descolorida por las malas noches que pasa llorando; de lo contrario, osa decir Montesinos, podría compararse con la misma Dulcinea en belleza, lo cual provoca el enojo de Don Quijote, pero por tratarse de un anciano encantado no llega a retarlo como sí lo hiciera cuando Cardenio habló del amancebamiento de Madásima y Elisabad. La segunda es Melisendra del Romance de Gaiferos, cuya historia cuenta Maese Pedro en un retablo portátil por toda la Mancha de Aragón, que será destruido por Don Quijote por cumplir su profesión de caballero andante y ayudar a Don Gaiferos y a la hermosa Melisendra contra los moros en su huida hacia Francia.

En segundo lugar, hay que considerar a las reinas y damas de la invención cervantina que, a imitación de las obras de caballería, protagonizan episodios caballerescos, se burlan de los tópicos y ostentan nombres paródicos tomados, de acuerdo con Dominique Reyre, de la geografía, la retórica o de la exégesis bíblica (2005, 736). Las primeras son las dos doncellas que participan en uno de los tópicos caballerescos por excelencia, la ceremonia de investidura de Don Quijote, ciñéndole la espada, doña Tolosa, y calzándole la espuela, doña Molinera, “mujeres del partido” encumbradas y convertidas en damas caballerescas por voluntad quijotesca y a las que se dirige llamándolas “fermosas” y abusando de otros arcaísmos. De este mismo cariz son también las “Doncellas de Dinamarca”, alusión paródica del *Amadís*, para referirse a la Argüello y a la Gallega de *La ilustre fregona*.

No puede faltar en estos libros el tópico de la doncella cuitada que demanda un don al caballero, que debe cumplir en pro de su fama caballeresca. Dos historias de damas menesterosas que piden un don a Don Quijote aparecen en las dos partes de la novela, ambas se disfrazan e inventan una historia de gigantes y reinos encantados al estilo caballeresco, pero con fines diferentes: en la primera parte, Micomicona, impulsada por el cura y el barbero, tiene la misión de sacar a Don Quijote de Sierra Morena y llevarlo de nuevo a su aldea y en la segunda, la Dueña Dolorida o condesa Trifaldi lo hace con el fin de divertir a los duques y a todos sus criados.

Dorotea, disfrazada de la princesa Micomicona, cuyo nombre ya incita a la risa por ser doblemente una mona, se ofrece al cura y al barbero para hacer de doncella menesterosa por llevar el traje apropiado y porque sabría “representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella había leído muchos libros de caballerías y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían los dones a los andantes caballeros” (I, XXIX, 315). La historia es comenzada por el cura, quien la sitúa en un reino lejano en Guinea, para dar paso a la princesa a inventar el resto, pues ella asegura que lo “haría sin faltar punto, como lo pedían y pintaban los libros de caballerías” (I, XXIX, 317) y así lo lleva a cabo en su primer parlamento, cargado de arcaísmos, para pedir el don en

blanco, de rodillas y sin querer levantarse, hasta que Don Quijote se lo conceda, según lo indica su profesión. Aunque se equivoca al decir que desembarcó en Osuna, que no es puerto de mar, sin embargo, para el resto de su historia, acude a los libros de caballerías y lo hace muy bien bautizando a su padre como Tinacrio, que, en algunos libros, es el *Caballero del Febo*, como aduce Martín de Riquer (I, XXX, 327, nota 6) y a su madre, la reina Jaramilla, nombre burlesco proveniente acaso del río Jarama. El del gigante no es menos sonoro, Pandafileando de la Fosca Vista, que da pie para la deformación sanchesca en Pandahilado. La aventura se acaba por medio del sueño que hace que Don Quijote crea estar peleando con el gigante y arruina los cueros de vino del ventero. No es tan favorable para Sancho, quien pensaba obtener un condado si su amo se hubiera casado con Micomicona.

La segunda fingida dama cuitada es la condesa Trifaldi, cuyo nombre remite a sus tres funciones: mayordomo, dueña y condesa y, a la vez, a su tercería en los amores de la historia que narra (Reyre 2005, 737). Del lejano reino oriental de Candaya, por la isla de Trapobana y el Mar del Sur, proceden la Reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, y madre de la Infanta Antonomasia, educada por la condesa Trifaldi, que se dejó engañar por Don Clavijo, caballero pretendiente de la heredera Antonomasia, a la cual embarazó provocando el disgusto y la muerte de doña Maguncia, en cuyo entierro, se apareció el medio hermano de Maguncia, el gigante y encantador Malambruno, en un caballo volador y convirtió a Antonomasia en simia, a Don Clavijo en cocodrilo y a Trifaldi y a las demás dueñas en barbudas. Tal aventura la acabará Don Quijote en el caballo Clavileño dejando a Malambruno contento y “las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes Don Clavijo y Antonomasia en su prístino estado.” (II, XLI, 892).

Casildea de Vandalia es la imaginaria enamorada del Caballero del Bosque, quien pregona haber retado a todos los caballeros navarros, leoneses, tartesios, castellanos y manchegos por la hermosura de su dama y no es más que una provocación para retar a Don Quijote y hacerlo volver a su aldea, pero como es vencido por el valeroso manchego, no le queda más que hacer un burlesco juramento que nada tiene que ver con la beldad de la dama: “Confieso -dijo el caído caballero- que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea.” (II, XIV, 684).

Finalmente, una dama enamorada de Don Quijote, Altisidora, le permite a Cervantes desarrollar el tópico del requerimiento amoroso de la doncella y el tema de la castidad del caballero, que debe permanecer fiel a su dama y, al mismo tiempo, soportar los lamentos y reproches por su desamor a la fingida enamorada. El tema del caballero seducido y engañado es típico de las obras caballerescas, como le sucediera a Lancelot, cuando cayó en la trampa de la hija del rey de Norgales y concibió a Galaz, así Don Quijote encarna al caballero burlado en el espacio ducal, donde le acecha una “caterva de enamoradas” y la más peligrosa es Altisidora, que le acusa de haberle robado prendas íntimas y, por último, la dueña Doña Rodríguez, a quien, por venir de noche y a oscuras a su aposento, Don Quijote la toma por otra “enamorada doncella”, pero no es más que una dueña menesterosa que acude al caballero para demandar que deshaga el agravio hecho a su hija.

En un último apartado, hay que destacar a algunos personajes femeninos, que son lectoras y oyentes de libros caballerescos, como Luscinda, la amada de Cardenio, con quien intercambia cartas dentro de un libro de *Amadís*, y es tan aficionada a las lecturas caballerescas, que solo por eso es excelsamente alabada por don Quijote como hermosa y

discreta; o bien las oyentes de aventuras de caballerías, como la sobrina de Don Quijote, quien es capaz de reproducir pasajes caballerescos a Maese Nicolás incluso usando arcaísmos, como “la sangre de las heridas”, y, a imitación de su tío, puede incluso inventar una pequeña historia sobre el encantador que venía caballero en una sierpe y dejó el aposento de los libros lleno de humo; la mujer y la hija del ventero Palomeque, que no gusta como su padre de oír los golpes sino que llora por compasión “de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras” (I, XXXII, 347-348) y se queja del desdén de estas con sus caballeros, a los que dejan morir o volverse locos, lo cual da pie a Cervantes para burlarse del tópico de los calificativos paradójicos con que se dirigen poéticamente a sus damas, tales como “dulce enemiga mía” o “hermosa ingrata” y en nuestro caso, la hija del ventero dice que las llaman “tigres y leones y otras mil inmundicias.” (I, XXXII, 348). Un ejemplo de dicha lamentación tópica se presenta más adelante con el Caballero del Bosque y su escudero que ha entendido estos calificativos del caballero desdeñado por su dama y le dice a Sancho que Casildea de Vandalia es “la más cruda y la más asada señora que en todo el orbe puede hallarse.” (II, 13, 670). La otra oyente, Maritornes, en cambio, no se fija en los caballeros desdeñados sino en las damas y se regocija con los casos de amor de tales libros imaginando a la “señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guardia, muerta de envidia.” (I, XXXII, 347); por último, hay otras mujeres que ejercen de **voz crítica**, como la aguda y discreta Preciosa, de *La Gitanilla*, que lo mismo habla del *Romancero General* que canta romances y promete decir “más venturas y aventuras que las que tiene un libro de caballerías.” (*Gitanilla*, 96).

Mujeres alabadas por su hermosura, doncellas que agravian a los hombres por su deslealtad, damas celosas y desdeñadas, doncellas cautivas y rescatadas, falsas doncellas guerreras conforman un amplio abanico desplegado a lo largo de la obra, que le permite a Cervantes parodiar los tópicos caballerescos, inventar nombres sonoros y festivos y crear nuevas burlas en las que las mujeres son las actantes con diferentes misiones. Hemos visto personajes femeninos, famosas en la ficción caballerescas, a las que tiene que acudir para modelar a su propia dama; reinas y damas de la invención cervantina que protagonizan episodios caballerescos, con lo cual se garantiza la burla y finalmente, mujeres, lectoras y oyentes de libros de caballerías, que pueden no sólo juzgar sino incluso inventar esquemas caballerescos por tener tanta familiaridad con este género narrativo que Don Quijote esparce y contagia a todos sus coterráneos como el humo que el sabio Frestón dejó en su emparedada biblioteca.

Obras citadas

Castro, Américo. “La moral”, *El pensamiento de Cervantes*. Madrid, Barcelona: Noguer, 1972.

Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ed., introd. y notas de Martín de Riquer. Barcelona: Planeta, 1980.

---. *La Gitanilla, Novelas ejemplares I*. Ed. de Juan Bautista Avallé-Arce. Madrid: Castalia, 1982.

Pérez- Álvarez, Marino. “Psicología del Quijote”. *Psicothema* 17.2 (2005): 17-29.

Reyre, Dominique. “Los nombres de los personajes de la novela de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha*”. *Príncipe de Viana*, LXVI, 236 (2005): 727-741.